Sección de bibliohemerografía

- I. Reseñas bibliohemerográficas*
- II. Bibliografías temáticas*

SARTORI, Giovanni

Homo videns. La sociedad teledirigida

Madrid, Taurus Pensamiento, 1998, 159 pp.

Esta obra de reciente aparición, dado que fue impresa en marzo del presente año, hace un estudio enfocado a destacar las consecuencias culturales, sociales y políticas que trae consigo lo que se ha dado en llamar la revolución multimedia del tiempo actual, entendiendo por multimedia la unificación o presentación en un solo aparato o medio de la palabra escrita, hablada, además del sonido y de la imagen. Este asombroso logro de la ciencia y de la técnica modernas tiene desde luego una enorme importancia en el desarrollo de la actual civilización y cada día se avanza más en su manejo y en el logro de sus potencialidades, pero a la vez está generando un nuevo modo de vida y de cultura, que es precisamente lo que preocupa al autor en este trabajo.

Lo que abarcamos con el término multimedia es muy amplio y comprende el uso del internet, los ordenadores personales, televisión, video-grabaciones, etc., lo que conduce a que en su mayoría el hombre moderno esté inmerso en la cultura del «telever», es decir ver de lejos, esto es una cultura audiovisual, al grado de que no sería exagerado hablar de un «videovivir». Se ha dicho que hasta hace relativamente poco tiempo el hombre u *homo sapiens* era producto de una cultura fundamentalmente escrita y que ahora está convertido en un *homo videns* u hombre de la imagen, precisamente este es el título del libro que se comenta.

Las personas más atentas a los cambios sociales y lo que estos implican han alertado sobre la manipulación que puede hacerse y de hecho se hace en todas partes respecto a los medios masivos de comunicación, especialmente de la televisión, así por ejemplo, se ha hablado mucho de la manera cómo la violencia que proyecta en sus programaciones este medio ha influenciado en la configuración delictiva de la sociedad, especialmente sobre los jóvenes y los niños; pero en lo que no se ha insistido es en que la televisión y sus similares han transformado profundamente la base de la cultura misma.

Es un hecho que hoy día los niños penetran al mundo televisivo, de menos dos o tres años antes de

aprender a leer y escribir; en este sentido es evidente que aún no son capaces de comprender el significado y alcance de muchas palabras, pero la televisión permite captar la imagen y tener de ella una idea aún sin vincularla mentalmente a la palabra escrita e incluso hablada, de esta suerte se modifica sustancialmente la relación entre entender y ver. Además se cita el caso de estadísticas que señalan que, por ejemplo, en Italia el 95% de los niños entre los tres y los diez años ven televisión casi todos los días y sin discriminar programas infantiles y de adultos. Por otro lado, el promedio diario de horas-televisión entre estos menores va de tres a cinco horas.

Por otra parte, la escuela tradicional ha evolucionado muy poco respecto a sus modelos de enseñanza, por lo que al sentir de la mayoría de los educandos, la televisión resulta ser «la escuela divertida que precede a la escuela aburrida».¹

Lo anterior da por resultado que un sujeto se va apartando de la lectura y de las reflexiones abstractas, a las que ni está acostumbrado, ni tiene capacidad, porque no ha sido debidamente preparado para ello, de esta manera a sus treinta años es un tipo empobrecido marcado por una atrofia cultural prácticamente insalvable. Es realmente lamentable que frente al deslumbrante adelanto de la tecnología, signo de este tiempo, se esté paradójicamente frente a un empobrecimiento generalizado de la capacidad de entender, producto de lo que puede denominarse el «videoniño».

Sartori resalta que el llamado *homo sapiens*, denominación dada por Linneo en el siglo XVIII a la especie humana, se distingue de otras especies animales por su capacidad simbólica, por lo que finalmente el hombre es un animal simbólico, es decir, tiene capacidad de abstracción. El hombre se mueve entre dos entidades o realidades, esto es, en el *mundus intelligibilis*, que equivale a la inteligencia y a lo conceptual, y el *mundus sensibilis* que es el de la percepción que captan los sentidos y la televisión al dar preponderancia, si no exclusividad, a lo visual,

¹ Sartori, Giovanni, *op. cit.* p. 37.

anula la abstracción y en consecuencia la capacidad de entender de los sujetos.

Es sabido que en el campo de la Lógica a las palabras que indican cosas concretas, apreciables por medio de los sentidos, se les denomina denotativas, en tanto a las que indican meras abstracciones o idealizaciones, tales como respeto, felicidad, valor, justicia, etc., se les llama connotativas. En ese sentido el resultado actual es que se ha sustituido el lenguaje conceptual abstracto por el lenguaje perceptivo concreto, que es desde luego más pobre en número de vocablos, lo que es grave si se considera a la vez como un instrumento de comprensión y de reflexión.

Naturalmente, afirma Sartori, que la televisión idealmente podría armonizarse con la lectura, lo cual ampliaría de manera significativa el conocimiento humano; pero esto lamentablemente no sucede así, y por ejemplo en España o en Italia un adulto de cada dos no lee ni siquiera un libro al año, en tanto que en los Estados Unidos entre 1970 y 1993 los periódicos perdieron casi una cuarta parte de sus lectores, a la vez que en el nivel mundial y dentro del campo de las familias, para 1954 el promedio de sesiones televisivas era de tres horas al día, en tanto que cuarenta años más tarde, en 1994 era de siete.

También se ha dicho en defensa de la televisión, que las imágenes y conocimientos que proyectan tienen una cobertura de difusión mucho más amplia que los que tiene la letra impresa y la escuela, al grado de considerar que el conocimiento reflexivo y de lectura es elitista, en tanto que el de la televisión es democrático, no obstante, no debe tomarse en cuenta la extensión sino la calidad del contenido y la verdad es que los resultados que arroja un sondeo, por superficial que sea, de la programación televisiva de cualquier lugar no dan precisamente una imagen óptima y ni siquiera aceptable respecto a esa calidad.

Sartori también, claro, dedica espacio en su obra para hablar del internet y la llamada cibernavegación, lo que conduce al mundo de la cibernética, término acuñado por Norbert Wiener, desde 1948, considerándola etimológicamente como el arte del piloto, esto es el conjunto de mensajes y de órdenes que el hombre da a la máquina y que ésta le devuelve al sujeto. En este sentido los mecanismos de la cibernética son eminentemente activos, porque implican un interactuar entre un individuo y su máquina, a diferencia de la televisión que es eminentemente pasiva. No obstante Sartori alerta

respecto al hecho del uso que realmente se está dando al internet y a sus múltiples posibilidades de información en todos los campos del actuar humano; en este sentido es de observarse que su uso se generaliza para fines prácticos de información altamente valiosa para el mundo de los negocios, de la administración y de la intercomunicación; pero en lo que hace al mundo del intelecto y de la cultura, lamentablemente los resultados no son optimistas, puesto que mucho del tiempo dedicado a este medio de comunicación se emplea en lo intrascendente e inútil, al grado de que se puede hablar a estas alturas de una verdadera «internet-manía», en donde los cibernautas adquieren una verdadera adicción que no los conduce a obtener conocimientos importantes, sino a disfrutar de una manera más de perder el tiempo y de gastar horas hombre en cosas superfluas.

Todas estas consideraciones se contienen en la primera parte de la obra de Sartori, que se denomina «La primacía de la imagen». En tanto que la segunda parte se titula «La opinión teledirigida», en la cual se habla de la «videopolítica», término que utiliza el autor para señalar el poder de la televisión principalmente sobre las decisiones de Estado. Se aclara que en el libro se enfoca únicamente al caso de la manipulación que se ejerce sobre el público televisivo en las democracias, no así en las dictaduras, donde, claro, el dictador también utiliza este medio para afianzar su dominio sobre las masas, pero en el caso de las democracias, se analiza la importancia que tiene la televisión sobre candidatos y campañas electorales, así como para posibilitar u obstaculizar las decisiones de los órganos de gobierno ya constituidos, mediante el manejo de las grandes masas, después de todo se ha afirmado que la democracia es un gobierno de opinión. En esto precisamente radica el peligro porque las personas acostumbradas a la visión más que al análisis y la reflexión, están predispuestas a dar por cierto lo que se les muestra y no lo que se les demuestra, además la conducción de masas a través de los líderes de la comunicación y las encuestas aplicadas mediante muestreos, sí influyen de manera importante en la corriente de opinión pública.

Sartori también arremete contra sondeos de opinión y su institucionalización en la figura del referéndum, dado que, según el autor, la mayoría de las ocasiones las personas tomadas al muestreo opinan de manera infundada y con desconocimiento de lo que se les está preguntando, al grado que sería posible encontrar opiniones aun de cosas tan

absurdas como una supuesta «ley sobre metales metálicos», o «sobre asuntos políticos», las cuales naturalmente no existen, pero no por eso dejarían de ser opinables por personas capaces de decir lo que fuera con tal de no parecer ignorantes sobre el tema que se les interroga. Pero aun cuando sí existen, claro, opiniones fundadas, estas finalmente son presentadas de un modo planeado con toda intención por los medios masivos de comunicación. Así en el libro se distingue entre subinformación, esto es, una deficiente información, y desinformación, una alteración engañosa e intencional de la información. Es interesante observar cómo se ha favorecido mediante este manejo de información a los países en los que la libertad está más restringida, es decir, a las dictaduras, porque al no ser motivo de noticia en los medios televisivos de los países desarrollados, o ser apenas tocados ligeramente, el porcentaje mayoritario de la opinión pública mundial apenas si se entera de alguna masacre represiva ocurrida en algún lugar lejano.

Lo anterior implica que la noticia no sólo debe ser importante, sino también atractiva para el gran público, según el pensar de las empresas monopólicas del mundo televisivo, por eso se hace más difusión de escenas que despiertan los sentimientos, como crímenes, por ejemplo, que a noticias en las cuales para comprender su trascendencia se debe contar con una plataforma previa de conocimientos y de vivencias.

Además la televisión presenta diversos grados de agresividad respecto al régimen político imperante, dependiendo del país de que se trate, así por ejemplo, en Estados Unidos la característica de la televisión es la de sorprender cualquier error real o prefabricado en que incurran las autoridades; en tanto que, por ejemplo en Italia, se suele tener un poco más de cuidado al respecto, máxime con las relaciones siempre delicadas con el Vaticano. Si bien se parte en todo caso de la premisa de que la televisión es espectáculo, por lo que las mismas noticias tratan de ser encuadradas en este contexto; pero la realidad no necesariamente lo es, de aquí lo equivocado de esta directriz.

Hay también que advertir que en la televisión, según el autor, no es fácil la réplica frente a una afirmación hecha, de tal suerte que no se analiza, por ejemplo, la viabilidad de los argumentos, si realmente se tienen de quien protesta o se manifiesta, de manera que a los ojos del televidente quien protestó tenía razón sólo porque no hubo un contraargumento que

se le enfrentara; además se resaltan los problemas sociales pero no los méritos de quienes los tienen, de esta manera se va engendrando un sentimiento de frustración colectiva, cuando no de cinismo, considerando lo ilícito como cotidiano y normal. Por eso el afán de la televisión de crear protagonismos y situaciones que despierten las emociones irreflexivas de la multitud.

En la tercera y última parte del libro, Sartori se pregunta «¿y la democracia?» y concretiza su análisis en dos aspectos, dado que ya estudió la formación de la opinión pública. Estos aspectos son: 1) la influencia de la televisión respecto a las elecciones, y 2) su incidencia en el modo de gobernar.

En cuanto hace al primer punto, destaca el hecho de que lo que puede llamarse videopolítica tiende a personalizar, a dar imagen de los candidatos, más que adentrarse en programas de acción o idearios de partido; de hecho la gente se entusiasma, así preparada, por las personas y no por los partidos políticos, de suerte que por ejemplo en Estados Unidos hay casos como los del candidato a la presidencia Ross Perot que de hecho se manejó en gran medida con sus propios medios y financiamiento. Aun los debates entre aspirantes se vuelve un espectáculo en el que la presencia y la manera de conducirse de uno de los contendientes es más importante que la argumentación que se pudiera exponer.

También es de notarse cómo la influencia electoral es mayor tratándose de elecciones uninominales, en donde la imagen de los candidatos es más visible para los electores, que en las votaciones plurinominales en donde se elige por medio de listas registradas por los diversos partidos políticos.

A la vez, en las decisiones de gobierno se ven implicadas de manera muy importante las imágenes e ideas divulgadas por la televisión; al respecto Sartori lo ilustra con los casos de Irán y de Somalia, agrandados según el autor por la televisión norteamericana, lo que hizo proclive a la ciudadanía a determinar la intervención en esos países. Por otra parte, se destaca la posibilidad que tiene la televisión de generar a un hombre universal, llevándole hasta su hogar imágenes de situaciones internacionales, incluso de mínima importancia, así como también creando localismos en los que el individuo no se interesa más allá de lo que le afecta en forma directa y personal.

Finalmente, Sartori se expresa contrario a las ideas de Nicolás Negroponte, quien alaba las

maravillas del mundo digital y augura para tiempos venideros una mayor libertad de los individuos gracias al desarrollo de la tecnología marcada por la computación y el internet; pero Sartori considera que la libertad debe basarse en la definición de Leibnitz, como la espontaneidad de quien es inteligente, porque si no se concreta lo que es espontáneo en el hombre, no se diferencia de lo que es espontáneo en el animal, y en ese caso la noción de libertad ya no tendría sentido.²

Desde el siglo XVII, en la época de Francis Bacon, se pensaba que el científico alcanzaría con sus conocimientos tal poder que fácilmente dominaría al mundo; sin embargo, la ciencia deviene de una capacidad pensante, del campo de la meditación y del análisis, no de la simple observación, lo que da por resultado la gran contradicción de que el hombre no domina ya con las máquinas, sino que éstas lo dominan a él al condicionarlo y mediatizarlo, el hombre y en concreto el inventor han quedado entrampados por sus propios logros representados por los aparatos asombrosos de la tecnología moderna. Ya desde 1909 E.M. Forster, en su obra *La máquina se detiene*, predecía un mundo en el cual cada quien desde su hogar se conectaría con los demás mediante máquinas, lo que provocaría un aislamiento a la vez que una intercomunicación, y esta es precisamente la gran contradicción del hombre actual.

En este contexto parece que los defensores del mundo digital, cuando hablan de darle mayor libertad al hombre por medio de las máquinas, lo que quieren decir es mayor cantidad y velocidad en la información, pero esto no equivale precisamente a libertad.

Por otra parte el mundo del internet, al crear una realidad digital, hace que el hombre ya no aprenda por experiencias propias, como lo venía haciendo desde siempre; ahora basta con apretar o apenas tocar botones o teclas, lo que hace que su conocimiento sea realmente de segunda mano, es decir, dado por lo que se le presenta en la pantalla, sin que quepa que haga cuestionamiento sobre lo que ve, lo acepta tal cual. En este sentido, dice Sartori, tal vez exagerando irónicamente, el hombre de hoy día se vuelve más supersticioso que el de la Edad Media, dado que aquel creía todo pero con base en una concepción religiosa del mundo; ahora no se trata de

eso precisamente, pero sí de consierar que lo expresado en una pantalla ya no puede, ni tiene para qué cuestionarse, por lo que al final de cuentas termina igualmente aceptando todo cuanto se le presenta.

Karl Popper, citado por Sartori (p. 142), ha escrito en 1996 que una democracia no puede existir si no se controla la televisión, lo cual dimensiona la importancia de este medio de comunicación. En cuanto al internet, su uso masivo llega ahora a cifras extraordinarias: así se cuenta que el presidente Bush recibía en su mandato unos 8 000 mensajes al día, en tanto que el presidente Clinton recibe unos 20 000, si bien, como es de pensarse, no todos estos mensajes tienen realmente relevancia alguna.

Igualmente advierte el autor, existe ya el problema de una masa inculta que se alimenta de la misma incultura que proyectan y divulgan los medios masivos de comunicación, mismos que ahorran a sus usuarios la tarea de pensar a cambio de presentarle una continua diversión y formas fáciles de entretenimiento y de información, ésta última de carácter efímero e intrascendente.

Todas estas ideas desde luego que resultan altamente controversiales, pero precisamente el autor trata de plantar inquietudes en sus lectores, su expresión es contundente, en ningún momento vacilante, habla con la energía y fundamentación a que nos tiene acostumbrados en sus obras anteriores este destacado politólogo profesor de la Universidad

² Sartori, Giovanni. *op. cit.* p. 134.

de Florencia y de la Columbia University de Nueva York, ampliamente conocido por sus libros y por sus conferencias. Estamos, pues, en presencia de un libro por demás interesante que paradójicamente también se está divulgando gracias a la propaganda vertida por diferentes medios de comunicación masiva internacional.

*Marco Antonio Pérez De los Reyes**

* Coordinador Académico del Centro de Capacitación Judicial Electoral.